

## **Cárcel de los sueños (¿surcos de vida sin derechos?)/ Vera Milarka**

*Si quieres permanecer joven, envejece rápido.*

Nietzsche, Fragmentos póstumos.

*Para Mamá Súper, mi abuela*

Todavía el año pasado Ella se puso sus mejores vestidos para pasar la Semana Santa en Cocay, la casa de Cuernavaca que ha significado para la familia el deseo de recuperar el paraíso perdido, el mismísimo de donde expulsaron a Adán y a Eva por pecar de lo lindo. Siempre le he tenido algo de temor a la Semana Santa no sólo porque representa la crucifixión de Cristo, sino porque las peores desgracias que he vivido han sido en esas fechas y esto se ha repetido por más de una década.

Así que 1997 no tenía por qué ser la excepción; sin embargo, nunca imaginé que fuera a pasarle algo a Ella, sí, con mayúscula, porque hasta antes de esa fatal semana era todavía coqueta y altiva, como una E alta. Su pelo lo tenía bien cortado y pintado, su piel, aunque no ocultaba sus edad, estaba hidratada y fresca. Su vida no fue de excesos e interiormente gozaba de una paz alcanzada por una sólida preparación espiritual, así que fueron muy pocas las veces que la vimos enferma o decaída.

Mamá Súper le decimos desde que mi abuelo, que era médico, la rebautizó así. Era la primera vez que había enfermado de gravedad y, gracias a su impresionante deseo de vivir, se recuperó milagrosamente de un mal que podía haberla llevado a la muerte. Así que desde entonces demostró su fortaleza, su vigor, y aunque quedó viuda muy joven, a los 44 años aprendió a no sentirse sola.

Nunca, desde que tengo uso de razón, chantajeó a nadie por vivir en su propia casa. Le agradaba ser independiente, inculcarnos una fe poderosa para no abandonarnos a la tristeza y a menudo nos recordaba que pensar es crear.

Tuvo a sus dos hijas tan joven que siempre pareció más su hermana que su mamá. Era una mujer muy dinámica y autosuficiente, lo que no le impidió ser una abuela a todo dar, como de cuento. Los nietos tuvimos el privilegio de vivir maravillosamente ese concepto de la abuela cómplice, de la abuela bruja y mágica, de la abuela supermoderna, a quien le encantaban los *jeans* y andar a la última moda.

No obstante, esa semana fatídica hizo lo suyo el año pasado, y así nomás de repente, uno de esos días en los que discutió con unos inquilinos, Mamá Súper, que poco se enfurecía, derramó, creo, toda la bilis que le quedaba, suficiente para provocarle un derrame cerebral. Así que la vida se le desgranó como un collar que se cae al suelo y que nunca hemos de volver a hilvanar.

Todo cambió para Ella, todo fue tan distinto desde entonces para la familia, que eso nos hizo mirarla por primera vez tan desvalida, tan pequeña y enjuta, con su piel tapizada de surcos, muda por primera vez sin su dentadura, esforzándose por hablar, tratando de conservar algunas ideas y la pulcritud de las palabras. Fue la primera vez que su cuerpo, que todavía padece de la parálisis que le dejó el traumatismo cerebral, le fue realmente inútil y, por ello, fue también una de las pocas veces que la vi con verdaderas ganas de morir.

Fue entonces cuando el golpe brutal que amenazaba con quitárnosla nos devolvió la conciencia de lo que significaba la ancianidad, de lo que es luchar porque los abuelos de cualquier parte del mundo tengan derecho a una vejez con dignidad.

### **Un asilo fotográfico, siglos de destierro.**

Un grito por la dignidad de los ancianos es exactamente la denuncia que nos pone al descubierto la fotografía cubana de padres yugoslavos Vida Yovanovich en su libro *Cárcel de los Sueños* editado recientemente por el Centro de la Imagen, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Editorial Casa de las Imágenes. Un estupendo y estremecedor paisaje fotográfico que nos confronta con el “destierro” que los ancianos viven en un asilo, como quien vive no sólo en la esquina anterior a la muerte, sino, todavía peor, en el quicio del abandono que precipita con mucho el fin al que todos llegaremos, viejos o no.

Lo que originó este compendio fotográfico no era otra cosa que un deseo puro de Vida Yovanovich de confrontarse ella misma con su futura decrepitud. Ese arrojito familiar eslavo, no obstante, no la salvó de ser poseída por el miedo. “Al principio -comenta Vida- cuando salía del asilo me lavaba la manos con una sensación terrible de contagio. No podía fotografiar, sólo sentir. Pienso que es difícil introducir en las imágenes lo que se siente, lo que se vive a la hora de tomarlas, y a la vez resulta

imposible olvidar y desprenderse de lo que se ha vivido (...) Pienso que a través de ciertas fotografías algo nos pasa. Yo trato de entender la vida, mi propia vida.”

Así llegan a veces las cosas, como temores irracionales que a la postre nos enseñan lecciones inolvidables, nos dimensionan con lo humano y nos hacen reflexionar sobre los valores fundamentales del hombre y esto nos convierte en valientes para denunciar todas las injusticias que los perviertan.

Elena Poniatowska, quien hace la presentación de este libro magníficamente editado, nos trae a colación un comentario semejante de Susan Sontag en su libro *On Photography*: “Para mí fueron las fotografías de Bergen y Dachau con las que me topé por casualidad en una librería de Santa Mónica, en 1945. Nada de lo que vi – en foto o en la vida real- me cortó de manera tan incisiva, profunda e instantánea. Me parece lógico dividir mi vida en dos partes: antes de ver esas fotografías (yo tenía doce años) y después, aunque me tomó varios años entender bien a bien de qué se trataban... Cuando vi esas fotografías, algo se rompió... Me sentí irrevocablemente dañada, herida, pero una parte de mis sentimientos empezaron a apretarse, algo se murió. Algo todavía llora”.

Lo mismo nos ocurre a quienes hemos visto el arte magistral de la fotografía de Vida. Nos hemos deshecho ante las imágenes agónicas de ancianas olvidadas en un asilo donde permanecen pujantes, flácidas, idas en los recónditos misterios de su mente, suplicantes, trémulas. Esas viejitas que ya no muestran su preciosura por fuera odian y aman en la soledad cotidiana que las acompaña, vestidas con los trapos raídos o desvestidas con la piel colgada a gajos soportando la intemperie del miedo. Ya nadie las reclama o exige mejores condiciones para su final estancia.

La cámara de Vida no es imagen sino metralla. Un clic en sus manos detona verdades que nos rompen el alma. Y es que nuestra sociedad ha ponderado sobremanera a la juventud para cotizar más cara la vida, para abrir la brechas, como siempre, entre mundos y submundos que hacen escalafonaria la existencia. Así, por ejemplo, se crean los estamentos que nos dividen en ciudadanos de primera o de segunda clase. Sobre los negros están los blancos; sobre los indios, los mestizos; sobre las mujeres, los hombres; sobre los pobres, los ricos, y, desde luego, sobre los viejos, los jóvenes.

Así que mientras en los jóvenes hasta la tontería puede llegar a reconocerse como una virtud, en los viejos se repulsa y causa fastidio. La necedad a la que todo anciano retorna inevitablemente como cuando era niño causa una profunda intolerancia

en los demás, porque vivimos en una sociedad que ha propiciado que miremos a los viejos como algo de lo que nos tenemos que deshacer. Porque todavía permanece el mito de considerar héroes a quienes mueren jóvenes y no se reconoce a quien tuvo la osadía, la persistencia o simplemente la salud para llegar despierto al padecimiento de su propia decrepitud.

Simone de Beauvoir, en su libro *La vejez* cita a Proust aclarando este punto acuciosamente. Él dice que “si los viejos manifiestan los mismos deseos, los mismos sentimientos, las mismas reivindicaciones que los jóvenes, causan escándalo; en ellos el amor, los celos parecen odiosos o ridículos, la sexualidad repugnante, la violencia irrisoria. Deben dar ejemplo de todas las virtudes. Ante todo se les exige serenidad; se afirma que la poseen, lo cual autoriza a desinteresarse de su desventura”.

Así se simplifica y descalifica a los viejos, así se nos enseña a no advertir la belleza interna que proporcionan los años y la sabiduría de crecer con el tiempo. Como afirma la Beauvoir, el hecho de que “durante los últimos quince o veinte años de su vida un hombre no sea más que un desecho es prueba del fracaso de nuestra civilización. Esta prueba nos angustiaría si consideramos a los viejos como hombres con una vida humana detrás de ellos y no como cadáveres ambulantes.”

MILARKA, Vera. “Cárcel de los sueños (¿surcos de vida sin derechos?)”, *El Día*, 6 de marzo de 1998, p. 8-9.